

ISTVAN

Empezaba a amanecer sobre la ciudad y Marian notó una extraña sensación de frío en su interior, una fuerte desazón que la hizo estremecerse de pies a cabeza. El lugar donde se hallaba era de lo más inhóspito y la densa niebla que lo cubría ayudaba a crear una atmósfera de tristeza y desolación. La joven sabía que se encontraba en peligro y que debía huir de inmediato, y al observar el horizonte que se iluminaba en el punto por donde pretendía asomarse el sol, se apresuró para alejarse en la dirección opuesta y buscar algún lugar en el que cobijarse pues tenía la certeza de que el simple roce de los rayos solares con su piel acabaría con su infortunada existencia.

Todo había comenzado la tarde anterior, en un día como otro cualquiera de su hasta entonces rutinaria vida, cuando en compañía de su mejor amiga estuvo paseando por el parque a la orilla del río. El invierno había caído de golpe sobre la pequeña ciudad donde vivían y los días se acortaban de manera vertiginosa. Estuvieron hablando acerca de los temas típicos de dos chicas de su edad mientras caminaban entre los jirones de niebla que parecían salir de las oscuras aguas del río, y después de un buen rato de alegre conversación, cansadas de recorrer el solitario paseo arriba y abajo, decidieron sentarse en un viejo banco de madera donde continuaron con sus risas y confidencias. El sol había desaparecido de repente y apenas sin darse cuenta, como surgido de la nada, a su lado se había sentado un joven atractivo, alto, moreno y con unos ojos negros de mirada profunda que al principio no llamó la atención de las jóvenes, inmersas en su animada charla. El extraño, vestido con un abrigo largo de color negro parecía no

haber reparado en la presencia de las dos amigas, pues se le veía con la mirada fija en algún punto frente a él, escrutando la espesa niebla más allá de la orilla opuesta.

Al poco rato, Marian empezó a percibir en su interior una especie de llamada misteriosa en forma de ondas mentales que parecía emanar del joven compañero de asiento y la obligaba en contra de su voluntad a girar la cabeza en su dirección buscando sus ojos negros, mientras éste daba la impresión de permanecer indiferente a cuanto acontecía a su alrededor.

Se había establecido un hilo de comunicación secreta entre las dos mentes y Marian ya no pudo apartar su atención del extraño. El nombre de Istvan se hizo un hueco con machacona insistencia en su cerebro y desde ese instante no fue capaz de pensar en otra cosa. Su amiga observaba la inquietud de Marian y al ver que se encontraba incómoda y nerviosa decidió que lo mejor sería regresar a casa antes de que la noche se cerrase por completa en torno a ellas. Caminaron con premura hacia su calle mientras una fina lluvia comenzó a llenar las baldosas del suelo de pequeñas gotas que presagiaban la llegada de un fuerte aguacero.

Se despidieron en el portal de su amiga y Marian enfiló la calle en dirección a su domicilio con la esperanza de que la lluvia no arreciase antes de encontrarse a cobijo en casa; al llegar a la esquina volvió a notar en el interior de su cabeza la misma llamada poderosa que la había subyugado en el parque, apareciendo de nuevo la palabra desconocida, Istvan. Marian trató de recordar si se trataba de un nombre que hubiera oído o leído en alguna parte, pero fue incapaz de dar con la respuesta. Giró la cabeza y descubrió la profundidad de los ojos negros que la

observaban fijamente desde el otro lado de la calle. Allí se encontraba el joven del banco, apoyado en una esquina con la lluvia empapando su cabello que brillaba a causa de la luz de una farola cercana. Marian cruzó el empedrado de la calle como hipnotizada hasta situarse al lado del extraño y obedeciendo a algún tipo de orden muda caminó en silencio detrás de él hasta el espacio situado debajo de un puente de los muchos que atravesaban el río, donde quedaron a cubierto del aguacero.

Era un lugar solitario, apartado de las miradas de la gente que pudiera pasar por la orilla del río. El joven se volvió hacia Marian y fijó toda la intensidad de sus ojos de color azabache en los de ella, consiguiendo de este modo hechizar su voluntad para lograr que buscara refugio entre sus brazos.

Istvan envolvió el cuerpo de la chica con su amplio abrigo atrayéndola hacia sí con firmeza, mientras ella parecía flotar entre nubes de inconsciencia. Marian sentía que su mente entraba en un torbellino de locura y ya no se veía dueña de sus actos. La cara del joven se acercó a la suya y los labios de ambos se fundieron en un cálido beso lleno de pasión salvaje, Marian notaba cómo su cuerpo respondía a unos estímulos ajenos a ella que la empujaban cada vez con más fuerza a corresponder a los besos y caricias de su acompañante, pero lejos de tratar de apartarse de Istvan y huir, sentía que se encontraba a gusto a merced del joven que la besaba y abrazaba con tal ansia que cualquiera pensaría que pretendía extraer a través de su boca el aliento vital que animaba su ser. A medida que aumentaba la pasión entre ellos, la sensación de seguridad placentera que invadía el cuerpo de Marian era mayor que el posible temor por encontrarse bajo el

dominio de un extraño, por lo que se abandonó a la embriaguez que le causaban los besos recibidos.

De este modo pasó el tiempo y llegó la medianoche, momento en el que Istvan pareció sufrir una profunda transformación. Su mirada, hasta entonces fría y distante, se tiñó de rojo intenso, con los ojos inyectados de sangre, sus brazos se volvieron más posesivos atenazando con fuerza el cuerpo de Marian hasta hacerla sentir un pequeño dolor; en el instante en que su mirada descubrió el brillo de la luna reflejado en las tranquilas aguas del río, su cuerpo experimentó una fuerte sacudida, entreabrió su boca dejando a la vista una hilera de dientes blancos en la que destacaban los afilados colmillos propios de un vampiro, e inclinándose sobre el cuello de Marian le asestó un certero mordisco en la yugular. Al sentir los pinchazos atravesando su piel, la joven se estremeció sacudiendo la cabeza como si se despertase de golpe y abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y dolor. En su cabeza empezó a martillar una sola palabra: Istvan, Istvan, que ejerció el papel de un bálsamo que adormecía el dolor producido por el mordisco fatal.

Poco a poco, a medida que Istvan succionaba la sangre de su víctima, el aliento de la chica se fue apagando hasta llegar a su fin. A partir de este momento sólo el causante de la muerte de Marian podía hacer que volviese a la vida. De Istvan dependía que la joven se quedase en el mundo de los muertos para siempre o que recuperase la existencia, aunque convertida en un vampiro como él. Depositó con suavidad el cuerpo inerte de Marian en el suelo mientras un hilo de sangre caía por las comisuras de sus labios.

El siniestro ser decidió devolver la vida a Marian y así hacer que compartiera con él la eternidad reservada para las criaturas de la noche. Para ello debía cumplir con el ritual de la conversión: sin pensarlo dos veces clavó sus colmillos puntiagudos de los que aún goteaba la sangre de su víctima en el dorso de su propia muñeca, lo que hizo brotar la sangre; acto seguido, se arrodilló junto a su víctima y situó la mano sobre la boca de la chica exánime a fin de que el líquido vital se deslizara por su garganta.

Tras unos segundos de espera, los ojos de Marian se empezaron a abrir, parpadeando con dificultad al principio, mientras su propia sangre, animada por la de su nuevo compañero de raza circulaba por las venas para devolver el don de la vida a su cuerpo todavía aletargado. Cuando consiguió levantarse miró a Istvan y descubrió en sus ojos un brillo especial, el brillo de la hermandad entre dos seres condenados a compartir la eternidad. La alianza definitiva se selló con un beso lleno de complicidad; en el rostro del vampiro se dibujó una mueca de felicidad, pues había conseguido una nueva compañera para su larga existencia.

Echó una ojeada al cielo y una nube de inquietud cruzó por su cara, pues la luz de la luna comenzaba a diluirse entre las sombras; tomó la mano de Marian y se alejaron con rapidez en busca de su refugio. Empezaba a amanecer.